



CRISTÓBAL COLON.—No os vayais,—dijo don Fernando.

Capítulo XCIII.

Donde se aclara un punto oscuro del capítulo anterior.

Américo Vespuccio guió á Bartolomé y á Fernando á la habitacion donde estaba la enferma, que, como habrán comprendido nuestros lectores, era Isabel Montenegro.

La jóven salió al encuentro de los recién llegados, y Fernando, que estaba muy ajeno de encontrarla allí, no pudo ménos de lanzar una exclamacion de asombro.

—¡Isabel!—dijo.

—¡Fernando!

La enferma hizo un supremo esfuerzo para volver los ojos hácia la puerta, y con débil voz:

—Yo muero,—dijo;—venid, venid para que os haga una revelacion.

Todos rodearon el lecho.

Américo hizo un movimiento para alejarse.

—No os vayais, —dijo Fernando, —os he perdonado en nombre de mi padre, y no quiero que haya secretos para vos.

Isabel Monteagudo, deteniéndose á cada instante, porque le faltaba la respiracion, contó en breves palabras lo que le habia pasado.

Apenas supo por Sagredo que una jóven que habia estado en poder de Aguado habia salido para un convento de Portugal, comprendiendo que seria Isabel, aprovechó la circunstancia de la salida de un buque para Oporto, y desapareció de la ciudad sin indicar á nadie ni el objeto, ni el punto de su viaje.

Desde luego se encaminó á Lisboa, y se hospedó en una posada.

Su ánimo era visitar todos los conventos para cerciorarse de si se hallaba en uno de ellos Isabel.

La Providencia vino en su auxilio.

Al dia siguiente, apenas salió á la calle, vió á Aguado, que no pudiendo resistir la pasion que le dominaba, habia ido á Portugal resuelto á realizar sus designios.

Iba cubierta con un velo, y ésteno pudo reconocerla.

Sospechando que nadie mejor que él le descubriría el secreto que deseaba penetrar, le siguió, y en efecto, vió que se dirigia á un convento extramuros de la ciudad.

Acompañaba á Aguado un escudero, que se quedó á la puerta.



CRISTÓBAL COLON.—Perdonadme si me tomo la libertad de hablar; pero me pareceis castellano viejo...

Isabel entró en el templo, permaneció un rato en él, y al salir, acercándose al escudero, le dijo en castellano:

—Perdonadme si me tomo la libertad de hablar; pero me habeis parecido castellano viejo, y como yo tambien lo soy, y hace tiempo que no he estado en mi tierra, tendré una gran satisfaccion en que me deis algunas noticias de ella.

—No os habeis equivocado,—contestó el escudero.

—¿Y hace mucho que estais en Lisboa?

—Anoche llegué con mi señor.

—¿Servís á algun poderoso caballero?

—Sirvo á don Antonio de Aguado, muy alto y poderoso señor.

—No le he oido nombrar nunca... Tomad para beber á mi salud,—añadió Isabel, dando una moneda de oro al escudero.

—Muchas gracias, señora.

—¿Y pensais estar mucho tiempo en Lisboa?

—Lo ignoro; pero creo que no echaremos aquí raíces. Mi señor ocupa un alto puesto en la córte.

—¿Y á qué ha venido aquí?

—Curiosa es la dama.

—Todas las mujeres lo somos.

—Pues de mujeres creo que se trata.

—¿Viene á casarse vuestro amo con alguna dama principal de Lisboa?

—Tengo para mí que le gustan más las españolas que las portuguesas.

—Cuenta, cuenta el escudero.



CRISTÓBAL COLÓN.—Perdonadme si me tomo la libertad de hablar: pero me pareceis castellano viejo.

—No crea que mi amo me confía sus proyecto.
 —Pero por la misma razón de que no os los cuenta, los adivinareis.
 —No siempre.
 —Teneis trazas de ser listo y muy reservado, lo cual es una buena condición en un escudero. Pero, ¿cuánto vá á que adivino el objeto del viaje de vuestro amo?
 —¿Hechicera eres?
 —Todas las mujeres tenemos algo de adivinas.
 —Pues ahora me parece que se equivoca de medio á medio.
 —Mis noticias son que hay en este convento una jóven de Castilla que no tiene grandes deseos de profesar.

—No digais más, porque temo que si continuais así vais á saber más que mi amo.

Isabel habia averiguado todo lo que queria saber.

Temiendo que bajase Aguado, se alejó; pero se puso en acecho para verle salir.

Una hora despues salió, y á juzgar por la expresión de su rostro, no estaba muy satisfecho de la entrevista que acababa de celebrar.

Apenas le perdió de vista, entró en el convento y llamó á la superiora.

—Soy española,—la dijo;—mis desgracias me han traído hasta aquí, y desearia que me acogiérais en vuestra casa por tres ó cuatro dias, porque tengo motivos para ello.

La superiora acogió su súplica con benevolencia,

y no pudiendo darla albergue en el convento, dijo que hablaria á una pobre mujer que vivia cerca, y que era lavandera de la comunidad, para que estuviese en su casa el tiempo que deseaba vivir en Lisboa.

Aceptó aquella proposición, y quedó en volver al anochecer para que la superiora la pusiese en relaciones con la que habia de albergarla en su casa.

Escasas eran las relaciones con que contaba aquella pobre mujer, y andaba por las calles de Lisboa sin saber qué partido tomar para realizar sus propósitos, cuando quiso su buena suerte que hallase en una de ellas á Américo Vespucio.

Los dos se reconocieron, é Isabel le refirió sus cuitas.

Américo acababa de llegar de un viaje que habia aumentado su fortuna considerablemente.

Al mismo tiempo, al regresar habia sabido éste que don Alfonso habia muerto, y que habia dejado heredera de todos sus bienes á su hija Esperanza.

Se disponia á partir para ir en busca de su hija; pero apenas supo la situación en que se hallaba la desgraciada jóven que habia sido hermana de los hijos de Colon, el remordimiento que sentia por haberse portado tan mal con aquel hombre que le habia dispensado tantos favores, su carácter naturalmente generoso, y sobre todo el deseo de hacer participes de su felicidad á las personas que indirectamente habian contribuido á ella, le impulsaron á ponerse á las órdenes de Isabel, y á ayudarla en la benéfica empresa que la habia llevado á Portugal.

Era todo lo que necesitaba esta.

Al anochecer fué al convento, y ya aguardaba la lavandera para llevarla al aposento que podia brindarla.

Américo Vespucio celebró una entrevista con Aguado, simulando que acababa de llegar á Lisboa y que iba á partir inmediatamente.

Este fué franco con él.

Necesitaba desahogarse, y gracias á esta necesidad supo Américo que la jóven novicia estaba resuelta á profesar, y que la superiora del convento la protegía.

Aguado estaba decidido á obtener por fuerza lo que se le negaba por grado, y buscaba los medios de robar á la jóven del convento, porque las cosas estaban muy adelantadas para su profesion.

—Vos conoceis más gente que yo en Portugal,—le dijo Aguado.—Ponedme en relaciones con algunos hombres que puedan secundar mis deseos.

—Yo no puedo servirlos, y mucho ménos teniendo que partir mañana; pero hablaré á algunos marineros de los que yo conozco, y os proporcionarán lo que deseais.

Para abreviar: Américo envió á Aguado un hombre á quien tuvo buen cuidado de comprar antes, asegurándole que comeria á dos carrillos.

Al presentarse á Aguado, dijo aquel que no conocia á Américo; pero que un marinero le habia encargado que fuese á verle.

Pusiéronse de acuerdo en breve, concertaron su plan, y Américo fué á buscar á Isabel.

Le refirió lo que habia pasado, y en vista de lo adelantadas que estaban las cosas, dispusieron que Isabel fuese á alojarse en una casa de las más próximas al embarcadero, adonde llevarian sigilosamente los agentes de Aguado á la jóven novicia.

Allí se reuniria con ella Américo, y aprovecharia la primera ocasion para embarcarse y huir de su seguidor.

Hízolo así, en efecto, y los cómplices de aquel lo dispusieron todo para entrar en el convento y robar á la jóven.

Aguado dispuso que la llevaran á su posada; para alentar á los bandidos les dió una parte de la suma que les tenia ofrecida, y les aseguró que en cuanto le llevasen la jóven le daría el resto.

Aquella noche entraron en el convento, penetraron cautelosamente hasta el dormitorio de la jóven, pusieron una mordaza á una monja que dormia en su misma celda, y apoderándose de Isabel, que cayó desmayada en sus brazos, huyeron con ella y la llevaron adonde les aguardaban Américo Vespucio é Isabel.

Inmediatamente fueron á noticiar á Aguado que les habia sido de todo punto imposible entrar en el convento, porque habian visto á otros hombres rondar las tapias, y habian tenido que huir, porque se trabó una riña y llegó la justicia.

Quedaron en efectuar el rapto al dia siguiente, y Aguado, que creyó de buena fé aquella patraña, para ponerlos más en su favor les hizo otro anticipo.

Los hombres se alejaron y fueron á ocultarse.

Al día siguiente al amanecer partieron en un buque con dirección á España, Isabel y sus salvadores.

Al medio día circuló en Lisboa la noticia del rapto, atribuyéndole á Aguado, porque para ello habia tomado sus disposiciones Américo Vespucio.

Al volver en sí se halló la jóven al lado de Isabel.

Las explicaciones que le dió bastaron para tranquilizarla, y se entregó confiada á sus protectores.

El viaje fué difícil.

Las tempestades azotaron al buque, y á estas complicaciones se unió la enfermedad de Isabel.

Los esfuerzos que hizo para vivir siquiera hasta que pudiese dejar á la hija en los brazos de la madre agravaron su mal, y al llegar á Sevilla era ya poco ménos que un cadáver.

Pero allí supo el arribo de Colon, en compañía de su hermano y de su hijo Fernando, y quiso al ménos confiarles antes de morir aquella jóven á quien de seguro perseguiría Aguado por todas partes, y procuraría perder á toda costa.

Al terminar la narracion quedó completamente abatida.

Viendo las huellas de la muerte en su rostro, quiso Américo Vespucio que partiese la jóven.

Esta no quiso separarse del lado de la enferma.

Todos permanecieron en torno suyo hasta el amanecer.

Cuando llegó el médico espiraba la infeliz.

Referir aquel suceso á Colon, era aumentar su afliccion.

Por otra parte, no podia la jóven hospedarse en casa de don Fernando de Toledo, y Bartolomé resolvió salir aquella misma noche para llevarla al lado de su madre.

Fernando debia partir á la córte para llevar nuevas cartas de su padre, y concibió la idea de referir á la reina lo que habia pasado, para poner á la jóven bajo su proteccion.

Hicieron que Isabel fuese trasladada á otra habitacion, Américo Vespucio quedó á su lado, y los dos partieron á decir á su padre y á su hermano lo que habia hecho este en su obsequio, al mismo tiempo que buscaban un pretexto para realizar sus designios.

Aquel mismo día pudo Américo Vespucio estrechar la mano del almirante.

Colon le perdonó todas sus ofensas, y estimó en lo que valia su voluntad.

Bartolomé salió para Baeza, acompañando á Isabel.

Fernando, con el alma transida de dolor, se encaminó á Madrid, á pedir, al mismo tiempo que justicia para su padre, piedad para la desgraciada que de tan horribles persecuciones habia sido objeto